

RAMOS DE CASTRO, Guadalupe, *La Catedral de Zamora*, Publicaciones de la Fundación Ramos de Castro, Zamora, 1982, 729 páginas y 199 ilustraciones.

Este libro constituye un testimonio fehaciente de la necesidad de contar con monografías completas de nuestros monumentos, ya que además de ser un catálogo exhaustivo del contenido artístico de la Catedral, añade cuantiosa documentación inédita y formula atribuciones pertinentes. Ya se comprende que cuando esto tiene lugar, la persona que acomete la tarea se encuentra particularmente identificada con el monumento; hay que admitir, junto al trabajo, una especial afición.

Tal ocurre en el caso de esta ejemplar monografía. Merecía la pena el empeño, pues la catedral de Zamora cobija un magnífico museo de piezas de todo género.

Da firmeza al trabajo la paciente búsqueda de documentación, que se ha traducido en rica cosecha: actas capitulares, libros de cuentas, contratos. La autora tiene demostrada su gran capacidad en esta actividad. Las pruebas documentales se insertan en el lugar adecuado de la exposición, pero se reúnen los documentos más relevantes en el apéndice que figura al final de la obra.

La arquitectura ofrece la trama argumental. Tiene su arranque en 1139, bajo la prelación de don Bernardo. Se van sucediendo los estilos, desde el románico al neoclásico. En lo referente al cimborrio, lo relaciona con la cúpula de la Roca, en Jerusalén, coincidiendo con él en el hecho de que ofrezca una doble hoja, como la restauración ha permitido demostrar. En cuanto a la disposición gallonada del interior, es especialmente vinculable a monumentos islámicos.

Hoy la catedral luce la desnudez de la piedra en su interior, pero sabemos que en 1620 se mandaba blanquearla en su totalidad, y es que de esta forma aparecían habitualmente los edificios españoles. Conviene recordarlo, contra la manía presente de rair las paredes.

En esta catedral se viene a confirmar el azaroso destino de los retablos mayores y la tendencia a imponer el capricho de la moda. Contaba con un magnífico conjunto pictórico de tablas, asignable a Fernando Gallego. Lógicamente con el tiempo la pátina habría ido restando claridad a la pintura, pues no se acostumbraba a la limpieza de la pintura en la forma que hoy la concebimos. Por esta razón llegaba a decirse llegado el siglo XVIII que el retablo estaba ya viejo. Es verdad que había que añadir el afán de vivir a la moda. El retablo de Gallego fue desmontado y trasferido a Arcenillas, y en su lugar se colocó otro barroco debido a Joaquín Churriguera. Como la autora cuenta, compitieron para la adjudicación el vallisoletano Alonso de Manzano y el salmantino Joaquín de Churriguera, quedándose éste con la obra. Pero gloria efímera, porque en 1758 se desmontaba la máquina barroca, que se ha perdido. Llamaba a la puerta el neoclasicismo, siendo requerido Ventura Rodríguez para dar los planos del nuevo retablo, que habría de hacerse en mármol. Queda documentado como obra de los italianos Juan Bautista Tammi y Andrés Verda, aunque se ignora quién sea el autor del relieve de la Transfiguración y los ángeles.

A tenor de la descripción arquitectónica se pasa revista a las rejas, retablos, pinturas, mobiliario, etc. De algunas piezas relevantes, si no se ha encontrado el documento atestigüador de la autoría, al menos se nos ofrecen las vicisitudes y con frecuencia la época en que se hicieron.

Con ser muchas las novedades documentales, el dato más revelador es el referente al autor de la sillería de coro, personalidad ansiosamente buscada: Juan de Bruselas. Se publican dos documentos notables, uno el referente a la traza de la sillería, hecha por el indicado maestro en 1502. Y otro la adjudicación de la obra. En 1503 acuden a la subasta Pedro de Guadalupe, vecino de Valladolid, y Juan de Bruselas, avicinado en

León, en quien se remató. Aquel momento era la divisoria del goticismo y el renacimiento. Pedro de Guadalupe era portaestandarte del renacimiento en Valladolid. Juan de Bruselas además de haber sido el autor de la traza, tenía a su favor un mayor tradicionalismo. Sabido es que hubo resistencia para permitir el avance del renacimiento. Venció el goticismo, pero eso equivalía a una actuación reaccionaria. Esto no supone que deseemos restar méritos a tan magnífica sillería. La autora describe además puntualmente la obra, y cree que será también de Juan de Bruselas la puerta de la sacristía.

Extensas páginas se dedican a la tapicería, aunque contemos ya con el libro de Asselberghs. En notas se facilitan muchos datos descriptivos del magnífico conjunto de tapices.

También la platería tiene una gran representación. El altar no puede ser más completo, ya que ofrece frontal, sagrario, gradas, candelabros, etc. También se aporta documentación: el frontal y el sagrario son obra del salmantino Manuel García Crespo.

La catedral de Zamora se beneficia de este espléndido libro. Lo es por su información, el aval de los documentos y el primor de las ilustraciones.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.

DE LA LAMA, J. Angel, *El Órgano en Valladolid y su provincia: catalogación y estudio*; Valladolid, 1981, 526 pp., 34 láms. Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial de Valladolid.

Se nos presenta esta obra como el primer catálogo provincial de órganos históricos, sin precedentes en España, tanto por su extensión, como por su rigor metodológico. El trabajo ha sido realizado por un equipo integrado por una organista, Lucía Riaño, un organero, Federico Acitores y Angel de la Lama, quien ha realizado toda la tarea de sistematización, organización de datos y redacción de la obra.

Se nos presentan las páginas de esta publicación como un instrumento básico para conocer y emitir juicios objetivos en torno al patrimonio organístico español y como una demostración excelente de la riqueza de esta provincia. Se citan en la obra más de doscientos instrumentos, de los cuales unos 76 conservan toda o parte de la tubería y están en disposición de que se pueda iniciar en ellos una tarea de restauración que los salve para la posteridad.

El estudio se abre con unas páginas introductorias generales en torno al instrumento, procedimientos legales para su construcción, los organistas y los talleres, al que le sigue una panorámica, clara y sintética, muy interesante a nuestro parecer, sobre la organería vallisoletana y sus constantes históricas.

Tras esto comienza la estricta catalogación de los órganos de la provincia, presentada por orden alfabético de las localidades donde se encuentran. El estudio de cada instrumento es detallado y exhaustivo, partiendo de los datos documentales conocidos, se describe el estado actual de cada órgano, reflejando lo que puedan ser transformaciones posteriores, cambios respecto a su traza original o simple paso destructor del tiempo.

El autor ha considerado fuera de los objetivos de su obra la tarea de búsqueda documental, por lo que, aunque esta ausencia se refleja en algunos instrumentos, no podemos considerarla una laguna en este trabajo sino una investigación que deberá ser proseguida y que se nos da muy perfilada en esta catalogación.

La obra se cierra con diversos apéndices entre los que destacamos los dos primeros: relación de organeros que han trabajado en Valladolid y talleres de órgano. Los nombres, extraídos en su mayor parte de las inscripciones del secreto, se acercan al centenar; catorce son los talleres localizados en la misma ciudad y otros catorce diseminados por diversos puntos de la provincia.